

Cuatro historias... ¿bélicas?

CONSTANTINO MACÍAS GARCÍA

Nuestras interpretaciones sobre lo que constituye la guerra pueden ser diversas. Pueden, crucialmente, incluir intencionalidad de causar daño o pueden, únicamente, referirse a las consecuencias: destrucción, despojo y apoderamiento de recursos no propios. En las siguientes cuatro historias, todas tomadas de la realidad, evitaré aludir a la identidad de los protagonistas, que el lector podrá, tal vez, reconocer.

La fortaleza

Nadie podía recordar el inicio. Hacía literalmente siglos, cuando aún no era claro si aquel débil intento habría de erguirse sobre el horizonte, que los ataques empezaron. En esa época los principales medios de defensa eran dos: mantener una alta productividad que permitiera el crecimiento acelerado y envenenar a los atacantes. Si únicamente lograba el asentamiento construir a una velocidad superior a aquélla con que lo destruían sus enemigos, podría acumular recursos para las épocas difíciles.

Los primeros atacantes, los vándalos, hacían pillaje; robo y destrucción eran las consecuencias de sus ataques. Muchos seguramente morirían como resultado del envenenamiento de los alimentos que robaban, pero otros los sustituían inmediatamente. Sin embargo, el daño no paraba allí; tras el ataque, las líneas de abastecimiento de las zonas dañadas quedaban mermaid y expuestas a atacantes más insidiosos. Vía las zonas que dañaban los vándalos, se introducían al interior de la fortaleza los saboteadores. Éstos no siempre eran detenidos por los agentes tóxicos que aflúan en grandes cantidades a las áreas afectadas, y con frecuencia se apoderaban de secciones completas de la fortaleza.

Cada año que pasaba, la fortaleza crecía un poco. Gradualmente comenzó a erguirse sobre sus rivales, a apropiarse de los recursos que éstos hubiesen utilizado y a incrementar el número y tipo de sus defensas. Las zonas centrales se fortificaron con paredes resistentes, en cuyo interior se resguardaban los recursos durante las épocas difíciles, cada invierno. En primavera, año

tras año, toda la vitalidad se encaminaba a construir nuevas áreas de producción, inevitablemente frágiles y expuestas a los mismos ataques que por siglos habían asediado a la fortaleza: los vándalos y los saboteadores. Durante cada uno de los primeros setenta años el balance fue positivo o, al menos, no negativo. Pero una gran fortaleza, ya en su apogeo, como resultado de su éxito se convierte también en botín para nuevos enemigos. Éstos, los invasores, estaban equipados para penetrar las fuertes paredes y para establecerse en las regiones conquistadas, dando pie a crecientes ataques de saboteadores.

La destrucción total no ha ocurrido, pero gran parte de lo que se construyó durante cientos de años yace ahora como un cascarón, habitado por invasores de todo tipo, y sólo en algunas de las alas se mantiene, en cada primavera, alguna actividad productiva...

Las comunidades y sus bibliotecas

Absolutamente nada se hace sin consultar las bibliotecas. Los miembros de cada comunidad han seguido por tiempo inmemorial la práctica de almacenar cuanta información útil se genere. Los extensos volúmenes han crecido en buena medida porque contienen datos acerca de cómo controlar agentes subversivos. En efecto, fuera de las comunidades existen innumerables agentes libres que carecen de la tecnología productiva necesaria para prosperar pero son expertos en informática. Y tienen que serlo, porque la información en las bibliotecas está codificada y se requiere además un segundo código para poder manipular la maquinaria productiva en beneficio propio; ambos códigos son conocidos por los agentes libres. Si un subversivo logra apropiarse de la maquinaria, la suerte de la comunidad está echada; todos sus recursos serán utilizados para producir más subversivos.

Pero el conocimiento de los códigos que controlan la maquinaria productiva no es lo que hace a los subversivos expertos en informática; lo importante es que manejan códigos de

acceso al sistema. Ninguna entidad puede acceder al sistema si sus códigos de identidad son reconocidos como ajenos a la comunidad; son tales marcas de identidad las que los subversivos tienen que evitar. Si su identificación está registrada en los archivos sobre subversivos de la biblioteca, los sistemas de defensa acuden en grandes números y destruyen o inutilizan al intruso. Por supuesto, las comunidades en cada generación tienen que actualizar sus bases de datos, ya que los agentes subversivos cambian de códigos muy rápidamente; la probabilidad de que logren generar un código novedoso, que no se identifique con subversión, es muy alta. Las comunidades tienen una manera de diversificar suficientemente sus bibliotecas de códigos: combinar acervos; cada vez que se forma una nueva comunidad, las comunidades ancestrales la dotan de combinaciones azarosas de los archivos de sus bibliotecas.

Aun así, las bajas por efecto de los subversivos constituyen, en muchos casos, un altísimo porcentaje de las comunidades, y cada vez hay más y más especializados agentes subversivos; las comunidades que no actualizan sus archivos son destruidas fatalmente...

Comandos

Esa noche no había luna. En la selva la calma era sólo aparente; cigarras, grillos, aves y ranas se entretenían en cortejar con llamadas monótonas a sus posibles parejas.

En la colonia casi nadie estaba activo, la mayoría descansaba y únicamente algunos vigías montaban guardia en las entradas; los críos descansaban también en las guarderías. En una de éstas, una trabajadora se esforzaba en limpiar los pisos y paredes manchados por las actividades de alimentación de la tarde anterior. Ella no podía abandonar la guardería, sus órdenes la compelián de manera irresistible a mantener la guardia de tan preciosa posesión de la colonia.

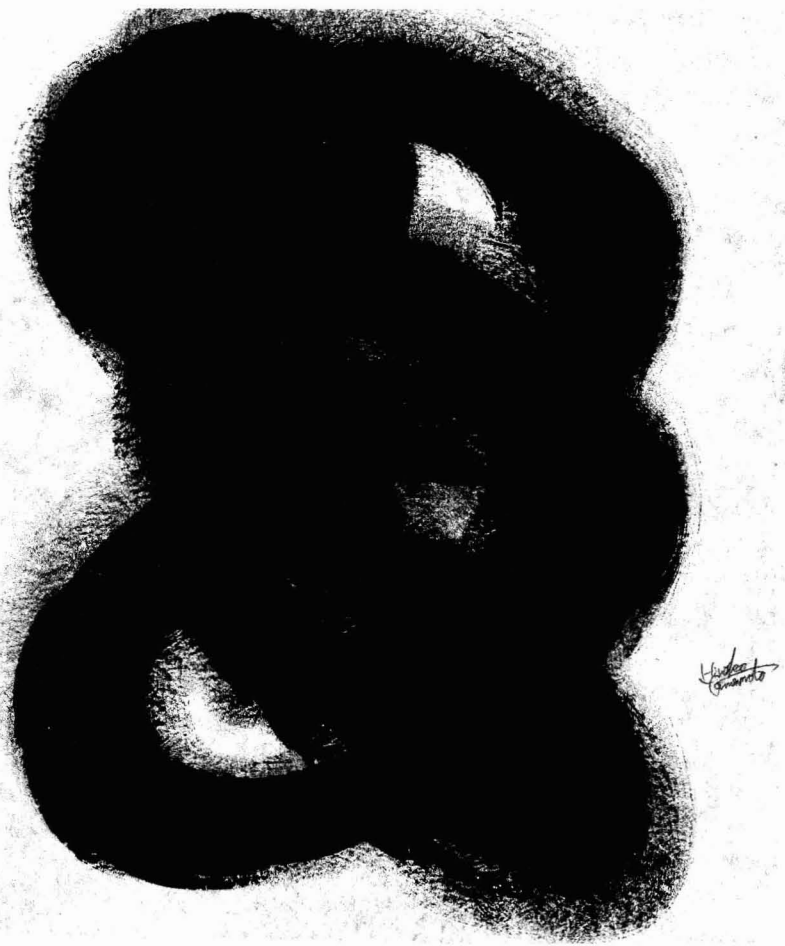
La señal de alarma llegó tarde. Cuando los soldados que descansaban acudieron en tropel a los pasillos de donde provenía la alarma, los comandos ya controlaban los accesos. Las cámaras de alimentos, los aposentos reales y la mayoría de las entradas estaban en su poder. Sus armas eran superiores, más fuertes, y desmembraban de golpe a los defensores. Trabajadores, soldados y aun la realeza combatían sin esperanza; cerca de cinco mil murieron durante las pocas horas que duró el ataque. Pocos miembros de la colonia sobrevivieron: sólo aquellos que se encontraban lejos de las guarderías. Éstas fueron el foco del ataque; cada comando invasor cargó con una o dos crías, sin dañarlas, de regreso a su propia colonia.

Las crías secuestradas crecerían como esclavas de los comandos y la colonia, sin líderes, se desintegró antes del siguiente anochecer...

El clan de la cañada solitaria

Río abajo el territorio era cada vez más árido. Por ello, el clan se había apoderado, hacía varias generaciones, de la cañada solitaria. Aquí, cerca del nacimiento del río, aún en la parte más calurosa del verano había suficiente agua para alimentar un pequeño arroyo cristalino. En consecuencia, nunca faltaban semillas, frutos y animalillos que comer, y el clan prosperaba. Prosperaba también gracias al determinante liderazgo de Colmillo Roto y su pareja, la joven Ojos Grandes. Ambos compartían las habitaciones centrales del pináculo, desde donde se podía ver el ancho valle que se extendía más allá de la cañada.

En días soleados, Colmillo Roto y Ojos Grandes invitaban a los demás miembros del clan a buscar alimentos exóticos más allá de la cañada. En esas excursiones la disciplina impuesta por los jefes era férrea: siempre debía haber un vigía, y de preferencia dos. El peligro mayor no eran las fieras, ya de suyo bastante peligrosas, sino algo mucho peor: el clan del valle. Colmillo Roto jamás dejaba sin castigo las incursiones que, de vez en vez, hacían los del valle en el territorio de la cañada. Él mismo había sufrido de cerca los efectos de esas correrías; su madre había sido



muerta por Uñas Negras, el antiguo jefe del clan del valle, también ya muerto. El sucesor de Uñas Negras, El Gordo, lideraba ahora a ese grupo de bandidos. Y es que en verdad eran unos bandidos. En sus irrupciones, se introducían de mañana en el terreno de la cañada y robaban alimentos. Si sólo fuera eso... pero más de una vez se vio a El Gordo cortejando ¡a Ojos Grandes!

El combate más reciente tuvo lugar haría dos semanas atrás. Mientras en la cañada se disponían a iniciar sus recorridos, aparecieron por ambos lados del arroyo los miembros del clan del valle. Parecían dispuestos a todo, corrían en grupos pequeños buscando no comida, sino a los miembros del clan de la cañada. Aún adormilados, los seguidores de Colmillo Roto se lanzaron sin orden. Lamentablemente la mayoría corrió a repeler el ataque sobre la orilla derecha, pero allí sólo había unos cuantos enemigos. Por el costado izquierdo avanzaba El Gordo, con unos veinte seguidores, y con ellos logró acorralar al hijo menor de Ojos Grandes. Ella tardó en llegar con unos pocos miembros de su clan y su hijo perdió, por las heridas, una pierna. Los del clan del valle pagaron también su ataque: dos de ellos no volverían a pelear jamás.

Cuando los dejé, hace un año, me preguntaba si podrían defenderse siempre de los ataques del clan del valle. El rico territorio de la cañada solitaria era un poderoso imán que atraería instantáneamente a los posibles invasores. Este año no pude encontrar a ningún miembro del clan de la cañada. Tampoco vi a los del valle. ¿Habrían emigrado ambos clanes durante las últimas sequías? ¿O es que nadie sobrevivió a la batalla final?

Epílogo a manera de explicación

Los hechos, o las circunstancias, que acabo de narrar habrán evocado, espero, algunas imágenes mentales en el (la) lector (a). Sin embargo, salvo que se trate de profesionales de la biología, es poco probable que correspondan a las imágenes que cruzaban por mi mente al escribir estas líneas.

Deliberadamente oculté referencias sobre la naturaleza de los personajes; mi objetivo era, en parte, extender hasta sus límites las posibles definiciones de guerra. Si hemos de definir ésta como conflicto destructivo en el cual los bienes de alguno de los participantes cambian de mano, la guerra sin duda no es exclusiva de la especie humana.

La fortaleza, en realidad, es un árbol. Los árboles, y todas las otras plantas, enfrentan constantemente a los herbívoros (los vándalos de mi relato), que son con frecuencia intoxicados por las plantas. Estas defensas químicas evolucionan en las plantas y propician la evolución de contradefensas en los consumidores de plantas. Los sabotadores son hongos y bacterias que por lo común no pueden invadir los tejidos vegetales, excepto si son dañados previamente por herbívoros. Las defensas que adquieren los árboles con la edad, sus paredes resistentes, son en verdad las cortezas leñosas. Pero los árboles grandes pueden ser horadados por aves y escarabajos, que excavan en su interior madrigueras permanentes.

La historia de informática basada en comunidades con bibliotecas hace referencia a cualquier organismo que se reproduce sexualmente. Los agentes libres que tenía en mente son los virus. En las bibliotecas figuradas se encuentra información que permite reconocer a los patógenos por su estructura molecular (antígenos), y son también las bibliotecas (genoma, compuesto de ácidos nucleicos) las que guardan la información para producir moléculas que encapsulan a los patógenos; literalmente los neutralizan. Es también cierto que los virus cambian con rapidez su estructura molecular —sus propiedades antigénicas—. Por eso los organismos sexuales combinan el material genético del padre y de la madre, al producir crías. Cada cría tiene entonces un acervo diferente, y novedoso, de información sobre antígenos. De esta manera, un virus que ha tenido éxito (porque no ha sido reconocido por el sistema inmunológico de su hospedero) en una generación, enfrenta en la siguiente nuevos anticuerpos, alguno de los cuales, quizá, lo destruirá.

Los comandos esclavistas son eso: hormigas que hacen esclavos. El descubrimiento de tales especies de hormigas sembró duda y desconcierto en los ideólogos que no estaban dispuestos a ver en la naturaleza la acción de fuerzas y procesos no aceptados por su ideología. Afortunadamente la naturaleza no pregunta a los ideólogos cómo proceder. Las hormigas esclavistas en verdad hacen de otras especies de hormigas sus esclavas, y nuestra repugnancia por el esclavismo no se ve mermada por ese hecho. En primer lugar se trata, como en las dos historias anteriores,



de interacciones entre especies distintas; nosotros esclavizamos a las gallinas, las encerramos en pequeñas cajas hasta que no pueden poner más huevos (sus hijos potenciales, a quienes comemos), y luego nos alimentamos con ellas. Unos organismos hacen presa de otros, los miembros de cada sexo sacan ventajas de los del opuesto, y los patógenos hacen presa de todos. De hecho los parásitos son frecuentemente parasitados, en lo que parece una espiral sin fin. Pero aun la guerra, entendida como conflicto fatal entre miembros de la misma especie, es patrimonio del ser humano, ¿o no lo es?

El clan de la cañada solitaria podría haber sido un clan apache (o maorí, inuit, zulu, etcétera), pero no lo era. Narré en esa historia un conflicto entre suricatos. Se trata de pequeñas mangostas, un tipo de carnívoros semejantes a los gatos, de tamaño pequeño, propios de Asia, África y el sur de Europa. Los suricatos no son los únicos mamíferos que viven en grupos familiares; otros, como las ardillas de tierra (las hay en Ciudad Universitaria), los perritos de las praderas (en verdad son roedores), primates, etcétera, también forman esos clanes. La mayoría de los miembros de los mismos son parientes por vía materna (la única parentela de la que los organismos sexuales podemos estar seguros... antes del *fingerprinting* genético). Por lo común los machos se alejan de su territorio natal, pero en algunos casos heredan las posiciones sociales de la madre o el padre. Y es también cierto que pelean, a veces fatalmente, por defender sus territorios contra clanes vecinos.



La historia del clan de la cañada solitaria fue sin duda la más fácil de escribir; bastaba con no mencionar las colas para que su identidad permaneciera oculta. Si ello es evidencia de la similitud entre los conflictos humanos (incluida la guerra) y las pugnas entre animales, más que justificar nuestro historial bélico nos expone como pobres regentes de nuestros actos. En efecto, las motivaciones que llevan a grupos vecinos de suricatos a enfrentarse por recursos (reproductivos o alimenticios) probablemente son las mismas que llevaron a nuestros ancestros a la guerra. Pero es una lamentable falla de nuestras ideologías (de todas ellas), el que hayamos sido más capaces de modelar nuestra conducta en la mesa que de evitar hacer la guerra a sabiendas del sufrimiento que conlleva. No sabemos si los suricatos las poseen, pero nosotros tenemos las facultades cognoscitivas para "ponernos en el lugar" de otros. Somos capaces de prever el sufrimiento que causan las guerras, y el hecho de que infligimos daño a distancia (un suricato tiene que morder a su oponente, nosotros podemos bombardearlo sin siquiera imaginar su rostro) no las excusa; ¿no fueron asesinados cuerpo a cuerpo la mayoría de los civiles muertos en Rwanda?

La guerra, pues, despojada de intencionalidad, es la norma en la naturaleza. La guerra humana es eso, y más. Los humanos hemos burlado a la naturaleza en muchas instancias; somos capaces de esquivar a la selección natural mediante medicina, vacunas, higiene, transplantes, etcétera. También podemos evolucionar, como sociedades, a una velocidad sin precedente, ya que no dependemos de los cambios azarosos de nuestras bibliotecas genéticas; podemos incrementar nuestras bibliotecas de papel (o de disquetes) con ideas nuevas y frescas en cada generación. Podemos incluso atisbar la estructura de los genes y manipularla para nuestro beneficio (o ruina, si nos falta juicio). Podemos, más aún, moldear nuestra conducta dentro de límites que no alcanzo a distinguir, en la mayoría de los contextos sociales. ¿En qué medida podemos someter nuestras tendencias conductuales más pertinaces (como la conducta reproductiva, que apenas empezamos a entender)? Eso es materia de debate. Sin embargo, a diferencia del comportamiento ligado a la alimentación o la reproducción, la guerra (como la agresión), no es un instinto. Los instintos fueron definidos hace muchos años como conductas que generan su propio impulso; tienen que ser satisfechos. No existe ninguna evidencia de que organismos (incluso los más combativos) privados de la posibilidad de pelearse experimenten tendencias a la agresión, o a la frustración por no llevarla a cabo; los suricatos del valle no invaden la cañada porque sea de otros, sino porque en su valle no hay recursos suficientes. Si no hubiera suricatos en la cañada, los del valle no se frustrarían por apoderarse de ese territorio ¡sin pelear!

Sospecho entonces que los humanos tenemos las herramientas conductuales necesarias para actuar en circunstancias bélicas (el sentido de afiliación social, el enardecimiento colectivo, etcétera), pero definitivamente no tenemos un impulso inherente, un instinto, para la guerra. Ésta, quizá, como en los suricatos, resulta de que unos tienen y otros no. ¿Podemos acabar con la guerra al combatir las desigualdades sociales? ♦